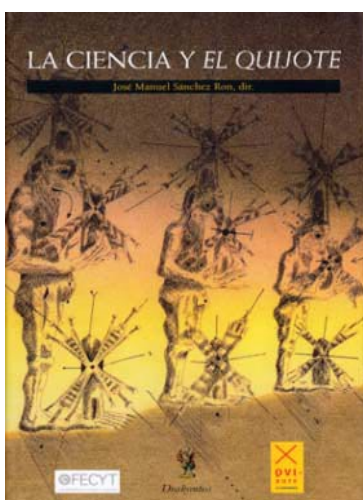


La ciencia y el Quijote

Antonio Calvo Roy*

SÁNCHEZ RON, José Manuel (dir.): *La ciencia y el Quijote*. Barcelona: Crítica, 2005; 285 páginas. ISBN: 84-8432-649-7. Precio: 24 euros. Autores: Antonio J. Durán Guardado, Mariano Esteban Piñero, Pedro García Barreno, Nicolás García Tapia, María Luz López Terrada, Santos Madrazo, María Jesús Mancho Duque, Víctor Navarro Brotons, Javier Ordóñez, Fernando Pardos, Arturo Pérez Reverte, José Luis Peset, Javier Puerto, Julio Sánchez Gómez y Francisco J. Tapiador.



El pie derecho y otros agüeros varios están presentes en el *Quijote* casi hasta el mismo final, cuando el caballero y el escudero entran derrotados en su pueblo y, tras oír lo que el caballero considera un mal agüero, encuentran una liebre «seguida de muchos galgos y cazadores». Sancho la atrapa «a mano salva» y afea a don Quijote su miedo, pues «no es de personas cristianas ni discretas

mirar en esas niñerías, y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome a entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agüeros».¹

Los agüeros, entonces, eran una parte del conocimiento, de la manera en la que las gentes trataban de comprender y explicar lo que pasaba. Y, cómo no, se hallan tan presentes en el *Quijote* como el resto de las ciencias, puesto que en el trabajo de Cervantes está la ambición de reflejar lo que sabe, lo que se sabe en su tiempo.

Y también la ambición de que su obra sea leída sin «necesidad de comentario», algo que hoy ya no es posible. Y eso que, según el formidable bachiller Sansón Carrasco, la historia «es tan clara, que no hay cosa que dificultar en ella: los niños la manosean, los mozos la leen, los hombres la entienden y los viejos la celebran; y finalmente, es tan trillada y tan leída y tan sabida de todo género de gentes, que apenas han visto algún rocín flaco, cuando dicen “allí va Rocinante”». Sin embargo, en 400 años hemos visto tantos cambios en nuestra comprensión del mundo, en la manera en que vemos lo que miramos, que ya no es posible comprender qué quiere decir Cervantes sin las muletas de los comentarios explicativos, tanto en el lenguaje, aunque menos, como en las costumbres y en los porqués de muchas de las cosas que pasan.

Y por si esa puerta no basta para entrar en el tema, acompañe esta otra: de las diez veces que aparece la palabra *agüero* en el texto, tres de ellas hace referencia a Pedro Recio de Agüero, natural de Tierteafuera, médico de cabecera que maltrata al señor gobernador sin dejarle comer cosa de provecho y al que Sancho llama, con razón, «Pedro Recio de Mal Agüero» Como la medicina es una de las ciencias que más aparecen en el libro, por este Agüero y por los malos agüeros, hablemos de este libro colectivo, una buena manera de celebrar los cuatrocientos años de aquel otro.

La publicación de *La ciencia y el Quijote* es una buena noticia. Se trata de una guía para viajar seguro por el libro de libros; como cualquier guía para viajar a cualquier país, puede ser usada o no. Ni su uso garantiza el disfrute del viaje ni su ausencia el que uno se pierda irremisiblemente. Pero, sin duda, una buena guía nos descubre parajes que de otra manera no habríamos conocido, nos invita a detenernos donde parece que no hay nada para encontrar la sustancia escondida y, en definitiva, nos procura mayores goces en el itinerario; a lo menos, goces que no se gocen solo por vista de ojos.

De la medicina a la botánica, de las ciencias naturales al arte de la navegación, del invento de la espuela a los conocimientos geográficos, astronómicos, navales, matemáticos, gastronómicos, eólicos...; de todo es necesario hablar en esta obra, porque de todo habla don Quijote, y de todo como hombre discreto y con atinadas razones, a no ser de sus caballerías.

Claro que una cosa es hablar de algo y otra entender de verdad del asunto. Según asegura Javier Puerto en el capítulo «La Materia medicinal de Dioscórides, Andrés Laguna y el *Quijote*», «al soldado escritor y a su hidalgo les importa un auténtico bledo todo lo referente a la farmacología».² Bueno, a la ciencia farmacológica, que la farmacología por los pelos es ciencia que sí profesa el caballero andante, y ahí está el bálsamo de Fierabrás, o del Feo Blas, que dice Sancho, que no nos dejará mentir. En este capítulo, Puerto compara las obras y las vidas de Cervantes y Laguna, el médico autor del *Dioscórides*, y al que el *Quijote* cita, y llega a la conclusión, tras su exhaustivo análisis, de que Cervantes conocía el libro de oídas, pero no de leídas.

Y eso que don Quijote es maestro en la ciencia de la caballería, «tan buena como la de la poesía, y aún dos dedos más». Necesita saber la ciencia de la guerra, la de las estrellas (ciencia que también aprendió Sancho «cuando era pastor»), la poesía, «milagrosa ciencia», y, como digo, la farmacoepica capaz de alumbrar el bálsamo de Fierabrás. Todas ellas se las explica don Quijote a don Lorenzo, el hijo de don Diego, el Caballero del Verde Gabán, en el capítulo XVIII de la segunda parte. Un caballero andante ha de

* Periodista científico. Madrid (España). Dirección para correspondencia: acroy@inicia.es.

ser jurisperito, teólogo, médico, herbolario y astrólogo, y además ha de saber matemáticas, «porque a cada paso se le ofrecerá tener necesidad dellas», nadar, herrar un caballo y aderezar la silla y el freno, además de «otras menudencias»; «vea vuesa merced, señor don Lorenzo, si es ciencia mocosa lo que aprende el caballero que la estudia y la profesa, y si se puede igualar a las más estiradas que en los gimnasios y escuelas enseñan».³

En lo que se refiere a las ciencias más caras a *Panace@*, destaca el artículo de Pedro García Barreno, que se adentra en «La medicina en el *Quijote* y en su entorno» y que regresa, en su minucioso análisis, al asunto de los agüeros: «durante los siglos XVI y XVII se produce, tanto en España como en el resto de Europa, una importante difusión de prácticas supersticiosas».⁴ Se trata, en todo caso de una profunda incursión en el valor de la medicina en la época, una ciencia cuyo peso «en el conjunto de la actividad científica del siglo XVI era muy superior al que tiene hoy»,⁵ según López Piñero, a quien cita García Barreno.

La importancia de los médicos en el *Quijote*, como en la vida misma, es notable. Esto, probablemente, no se deba solo a que Cervantes era hijo, como es sabido, de un barbero sangrador, un escalón bajo en el complicado escalafón sanitario de la época.

Y, dentro de la salud, la enfermedad mental ocupa en este libro un papel preponderante. José Luis Peset se ocupa de analizar la enfermedad mental, qué era y qué se tenía por enfermo mental en el Renacimiento y el Barroco. «El loco era, en el Antiguo Régimen, el personaje molesto, que no encajaba ni en el discurso cultural ni en la estructura social».⁶

Ya desde el principio de la novela, Cervantes aclara que al caballero «se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así, del poco dormir y del mucho leer, se le secó el cerebro de manera que vino a perder el juicio».⁷ Así se convirtió en Alonso Quijano el Bueno en don Quijote el Loco, porque, como cita Peset, esto produce «destemplanza humoral del resecamiento del cerebro, y la lesión imaginativa consiguiente».⁸

Este de la locura es un tema recurrente, y que le hace a Cervantes reflexionar sobre sus grados y maneras. Así, las molestias que se toman los duques que alojan al caballero y al escudero en la segunda parte para burlarse de don Quijote y a Sancho —incluido el convertir a un simple labrador en todo un gobernador— hacen reflexionar a Cervantes sobre quién es más loco, si don Quijote o los que tantos trabajos se toman para reírse de él. Y, como gobernador, Sancho el simple da tamañas lecciones que esos capítulos deberían ser lectura obligada para cualquiera que sobre alguien mande, porque este gobernador «ordenó cosas tan buenas, que hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran “Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza”»;⁹ y lástima es que Cervantes no las escribiera ni dejara claro donde queda la ínsula Barataria para ir a buscarlas.

Sigue el libro por los caminos de la alimentación, capítulo a cargo de María Luz López Terrada, y es verdad que se trata de uno de los aspectos básicos de la obra, puesto que pocas son las comidas, cenas y condumios de todo tipo que deja de referir Cervantes. De los duelos y quebrantos del principio hasta la comida que comparten —aunque no se cuenta en qué consistía— don Quijote y Sancho con don Álvaro de Tarfe, el genial robo de Cervantes a Avellaneda, muchas y variadas son las cosas de comer que aparecen en la novela. Una obra en la que «los personajes se caracterizan y describen de acuerdo con lo que comen y cómo lo hacen, tanto su carácter como su pertenencia a un determinado grupo social».¹⁰

Tras tratar las cuestiones referentes a los molinos de viento y su tecnología, la minería y la metalurgia y la tecnología del caballo y el caballero en el trabajo escrito por Javier Ordóñez —una espléndida muestra de lo importante que es tener algo interesante que decir y decirlo bien (es lo que pasa con las obras corales, que permiten ver bien las diferencias de criterios, enfoques y maneras de resolver)—, *La ciencia y el Quijote* desemboca en su último capítulo, intitulado «La divulgación científica y sus repercusiones léxicas en la época de el *Quijote*», de María Jesús Mancho Duque.

En este texto —reproducido íntegramente en el presente número de *Panace@* (pág. 285.)— se adentra Mancho Duque en una reflexión sobre el creciente léxico científico de la época y el uso que de él hace Cervantes. Destaca la autora el uso de términos náuticos, asunto del que también habla Arturo Pérez-Reverte en otro capítulo. Se trata, como el resto del libro, de una buena guía de campo, de un manual de uso del *Quijote* que ayuda a saber qué estamos leyendo.

Estamos, en definitiva, ante un buen libro, útil y entretenido. Y del que cada uno podrá sacar mayor o menor provecho según de sus propias inclinaciones y gustos. No hay tantas novelas, después de todo, que mejoren con cada relectura, a las que sea posible sacarles nuevo y delicioso jugo cada vez. Y este libro sobre las entrañas científicas de Cervantes y su tiempo ayuda a sazonar una nueva cocción, a sacar más provecho del festín que supone enfrentarse al *Quijote*, a don Quijote.

Notas

1. *Don Quijote de la Mancha*, pág. 1095. Para esta cita, y para el resto de las citas del *Quijote*, utilizo la edición de Castilla-La Mancha, al cuidado de Francisco Rico (2005).
2. *La ciencia y el Quijote*, pág. 150.
3. *Don Quijote de la Mancha*, pág. 683.
4. *La ciencia y el Quijote*, pág. 160.
5. Ídem, pág. 161.
6. Ídem, pág. 181.
7. *Don Quijote de la Mancha*, págs. 29-30
8. *La ciencia y el Quijote*, pág. 183.
9. *Don Quijote de la Mancha*, pág. 946.
10. *La ciencia y el Quijote*, pág. 191.